

DOS MIL AÑOS
DE AMOR



GEORGE SAND Y CHOPIN

PASEARON POR MALLORCA SU ESPERANZA Y SU TEMOR

UNA SERIE DE REPORTAJES HISTÓRICOS SOBRE LA VIDA SENTIMENTAL DE FIGURAS CELEBRES, POR CARMEN VAZQUEZ-VIGO

AL noroeste de Mallorca está la Cartuja de Valldemosa. Construida en 1399 como lugar de recogimiento y oración, es hoy un museo donde se conservan los pocos recuerdos que dejó de su paso uno de los más grandes músicos románticos: Federico Chopin.

Sobre el teclado del Pleyel, que los finos dedos del artista recorrieron, hay todos los días una rosa fresca. Innumerables parejas de enamorados visitan la estancia, con las manos juntas, la ilusión de un amor nuevo en los **SIGUE**



George Sand, como es sabido, gustaba vestirse a la moda masculina de su tiempo.



Federico Chopin en la época en que conoció en la capital francesa a George Sand.

ojos. Van a rendir homenaje al recuerdo del músico desaparecido y, sobre todo, a revivir las horas que pasó entre aquellos muros, conmovido por la pasión y la angustia.

Parece imposible que bajo el cielo sereno de Mallorca, en un paisaje que respira belleza y paz, pueda haberse desarrollado un drama que ha pasado a formar parte de la historia del romanticismo. Y sin embargo, allí, en la quietud de la Cartuja, Federico Chopin tuvo la certeza de dos finales irremediables: el de su amor y el de su propia vida.

llegada a parís

Un joven polaco, delgado, pálido, con los largos cabellos rizados, llega a la capital de Francia. No ha podido soportar la injuria infligida a su patria por la invasión rusa y se destierra voluntariamente.

Es músico. Toca el piano con exquisito sentimiento y perfección técnica sorprendente, y miles de temas musicales bullen en su cerebro en espera de concretarse sobre el papel pautado.

Chopin no tiene medios de fortuna. Se gana la vida dando lecciones a jóvenes aristócratas deseosas de poseer un «adorno» más tocando al piano, en reuniones de sociedad, la última balada de moda.

El profesor se enamora de una de ellas,

la condesa María Wodzinska y, en vez de expresarlo con flores o billetes perfumados, le hace el magnífico presente de su música.

Para María son el Concierto en fa menor, la Gran Polonesa, la Balada en sol menor. Es lógico que se sienta halagada ante forma tan desacostumbrada de homenaje y sus sonrisas dejan lugar a la esperanza. Pero, poco después, encuentra inoportuna la exaltación del joven músico, el cerco a que la somete y Chopin es rechazado.

Las cartas que María le escribiera las guarda en un sobre en el que ha escrito dos palabras en polaco: «moia bieda». Es decir, «mi desgracia».

una mujer distinta

Con el alma deprimida por su fracaso amoroso, Federico continúa su vida oscura en París. Su escasa salud, su mezquina suerte, le hacen pensar, además, que es hora de abandonar las ilusiones. Sin embargo, un día, de pronto, cambia el panorama. Franz Liszt, con su corazón espontáneo y generoso, lo introduce en un círculo de escritores y artistas.

La reunión tiene lugar en casa de Aurora Dupin, baronesa de Dudevant, George Sand para sus amigos y para el público que lee ávidamente sus novelas. Chopin

saluda ceremoniosamente a la mujer algunos años mayor que él, de piel marfileña, pelo y ojos negrísimo, cuya mirada intensa parece subyugarle. Viste pantalón ajustado de terciopelo rojo y, de vez en cuando, se lleva a la boca un cigarro de hoja.

A su regreso a casa, Chopin comenta con un amigo:

—¡Qué antipática es esa George Sand! Casi no parece una mujer...

Pero esa «antipática George Sand», cuya cautivadora personalidad había atraído a tantos hombres —el poeta Alfredo de Musset y Próspero Merimée, el autor de «Carmen», entre otros—, se convirtió, poco después, en la máxima pasión de su vida.

mallorca, vista por dos artistas

El amor del músico y la novelista conoció, al principio, días de auténtica felicidad, enturbiada, más tarde, por el alarmante estado de salud de Chopin.

Necesita un cambio urgente de clima, huir del implacable invierno parisino. Es George la que le decide a marchar a las Baleares y la que organiza, fuerte y decidida, los preparativos del viaje.

En una noche de enero de 1838 desembarcan en Palma. En una carta dirigida a una amiga, la novelista escribe:

«En Mallorca, la naturaleza parece esperar al artista. Las cimas de las montañas dibujan sus contornos nítidos sobre un cielo resplandeciente. Las palmeras se inclinan hacia los precipicios sin que la brisa caprichosa altere la majestad de su cabellera y hasta el más pequeño cactus parece exponerse con cierta vanidad a los ojos del que llega.»

Chopin no se manifiesta menos entusiasta.

«Me encuentro en Palma —dice en una carta— bajo las higueras, los naranjos, los limoneros, los cedros, que nuestro Jardín Botánico no tiene más que en invernadero. El cielo es de turquesa, el mar de lapislázuli y las montañas de esmeralda. Durante el día luce el sol, hace calor y todo el mundo se viste como en verano. De noche, cantos y guitarras se oyen durante horas. Enormes balcones donde se enroscan las parras, muros que datan de tiempos de los árabes... En resumen: una vida deliciosa.»

Pero este ambiente paradisíaco duró poco. George Sand misma lo relata:

«Una mañana, luego de una noche en que el viento gimió sin descanso y la lluvia golpeó fuertemente nuestros cristales, oímos, al despertarnos, el ruido del torrente que comenzaba a abrirse paso entre las piedras. Al día siguiente ya era capaz de arrastrar hasta las rocas que estorbaban su paso. Todas las flores cayeron de los árboles y el agua se filtraba en nuestras habitaciones...»

el último refugio

La pareja habitaba en una casa llamada «Son Vent» —la casa del viento—, una vivienda modesta, de muros delgadísimos, fría y solitaria. La monotonía de los días de lluvia pertinaz, la falta de comodidades, alteraron los frágiles nervios de Chopin y agravaron su enfermedad. Pedía a George, como un niño perdido en tierra desconocida, que lo llevara de nuevo a París; pero no era posible. A causa del mal tiempo se había suspendido el servicio del único barco que comunicaba la isla con el resto de Europa. Era necesario resistir hasta la

primavera. Y buscar otra casa, porque el propietario de la que habitaban, aterrado ante la palabra «tisis», que se mencionaba siempre que se hablaba del extranjero, les invitó cortés, pero firmemente, a abandonar la suya.

La Cartuja de Valldemosa, abandonada desde hacía tiempo por la orden religiosa que la fundó, estaba ocupada en parte por un matrimonio que, casualmente, se veía obligado a abandonar la isla por aquellos días. George y Federico se trasladaron a ella creyendo haber encontrado el lugar ideal para su reposo. Hablando del paisaje que se admira desde la Cartuja, dice la novelista:

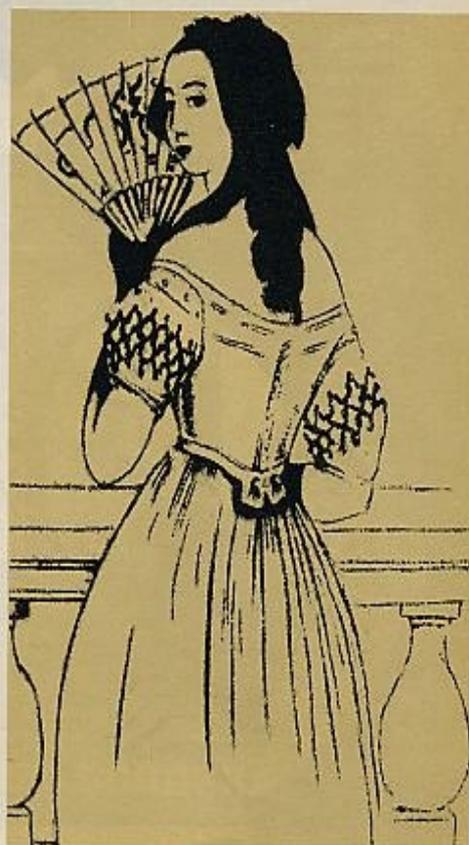
«Es una de esas vistas que abruman porque no dejan nada que desear, nada que imaginar. Todo lo que el poeta y el pintor puedan soñar, lo ha creado la naturaleza en este sitio. Conjunto inmenso, detalles infinitos, variedad inagotable, contornos acusados..., el arte no puede agregar nada a tal perfección.»

George, entusiasmada por la belleza del lugar, robusta, incansable, hace largos paseos por los alrededores. Chopin, en cambio, cada vez más agotado, permanece horas y horas frente a su piano, en la habitación monacal sobre la que oye repiquear la incesante lluvia. De estas horas de soledad nacen los Preludios. Pero no es una mujer quien se los inspira, como en otros tiempos. Ahora está en su música, vivo, doloroso, el recuerdo de Polonia, de la tierra natal que no volverá a ver.

se acerca el final

Si la pareja llegó a Mallorca llena de esperanza, vive ahora en medio del temor. Temen la soledad, el encontrarse frente a frente con la certeza de que el amor que les unía ya no existe. Temen la proximidad de algo misterioso y terrible cuya llegada no podrán impedir.

Un mes después, pasada la estación de las lluvias, la isla vuelve a florecer. Pero ya es tarde para ellos. Chopin quiere que el final le encuentre junto a sus amigos,



Musset dibujó así a George Sand. La escritora era, por aquel entonces, su gran amor.

en la ciudad que fue su amable destierro: París.

Hacia allí parten una mañana de febrero, en un barco que acaba de cargar una manada de cerdos. Socarrona burla del destino, que da por compañeros a los dos artistas, en este último viaje que hacen juntos, tan prosaica compañía.

George vuelve al encuentro del ambiente que le es querido, a su trabajo, a la actividad febril que necesita. Chopin, a su música, a su nostalgia, a su muerte.

PROXIMO CAPITULO: NAPOLEON

Piano de Chopin en Valldemosa. Siempre flores sobre el teclado.

Cerca de Palma está la Cartuja de Valldemosa. Hasta allí fue la gran pareja romántica.

